

machi mushkil

aproximaciones
al destino magrebí

Analía Iglesias

Primera edición: diciembre de 2021

© Texto: Analía Iglesias

© Diseño cubiertas: Celia López Bacete www.celialopezbacete.com

© Ilustración cubiertas: Kira Diez

Maquetación y diseño interior: Lara Losada

ISBN-13: 978-84-122632-6-8

Depósito legal: D.L. TO 335-2021

Impreso en Madrid, España.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra.

«Si veo ante mí la nervadura de mi vida pasada en una imagen, pienso siempre que tiene algo que ver con la verdad».

W.G. SEBALD

«El punto de demencia de alguien es la semilla de su encanto».

Gilles DELEUZE

PRÓLOGO

La clienta y la hermana

Au Maroc! Empiezo con dos hermanos taxistas nacidos en Agadir: uno sigue conduciendo en su ciudad natal, quinientos kilómetros al sur de Casablanca; el otro maneja un auto ajeno por las calles de Ginebra, en Suiza. Una noche de verano, abro la puerta delantera y subo al taxi en África, mientras el chico que conduce saca la bolsa de su hamburguesa con papas fritas del asiento y la apoya en el suelo. En Marruecos, los pasajeros frecuentes nos sentamos adelante, porque los taxis pueden compartirse con otros pasajeros y pasajeras que van subiendo por el camino, siempre que vayan en la misma dirección del primero.

El conductor maniobra entre el vaso con pajita (que no deja de sorber), el teléfono que ya llama y que pretende instalar en el tablero (para que la *webcam* lo tome desde un plano más o menos frontal), mientras

¹ En Marruecos.

continúa con los otros movimientos de la caja de cambios a los que le obligan el tráfico y la gente que camina por la calle, en una noche festivalera y familiar. Por el teléfono en manos libres sale la voz somnolienta del otro chico, al otro lado. «Es mi hermano», me dice mi taxista.

En este lado del mundo, a orillas del Atlántico, hemos pasado de la una de la mañana (en Suiza, es una hora más tarde): «Estoy con una clienta... ¿de dónde es? No sé, ¿francesa?». Todo extranjero, aquí, es francés hasta que se demuestre lo contrario. «Non, je suis argentine», le digo. «Ah, *aryantinía*, Missi»², dicen, casi al unísono. «Eso –respondo– *ana aryantinía*». Mi árabe dialectal oral consta de entre diez y veinte vocablos: *ana* significa «yo», en árabe. Y el verbo «ser» no es necesario en el presente; más bien, no tiene siquiera conjugación porque no existe en presente.

La conversación se afloja si uno no es francés, y mucho más si una no es francesa. Los marroquíes

² Por Messi.

han padecido medio siglo de dominación colonial francesa, y toda la humillación es reciente. Incluso Francia como cultura —y poder— tutelar sigue conjugándose en presente.

El chico toma otro trago de Coca-Cola. Tanta azúcar, pienso, mientras recuerdo la cantidad de clínicas privadas dedicadas a la nefrología y a la diálisis que he visto en mis años en Marruecos y que siempre supe que tenían que ver con altas tasas de diabetes entre la población. El té se toma muy dulce y las comidas se acompañan con bebidas muy azucaradas. Toda la frustración tramita con azúcar. Pienso en las teorías no necesariamente apócrifas acerca de que las esposas de las clases populares obtienen su placer en torno a una mesa, contándose cosas de los maridos, o las vecinas, y comiendo galletitas de manteca, hojaldre y coco, con desayunos de *rgayef*³ con miel y meriendas de almíbar sobre los pasteles de frutos secos. Al cabo de pocos años de matrimonio, ellas están rotundas en sus cafta-

³ Crepe marroquí.

nes y ellos siguen sentados en el café de la esquina, enjutos, todos hombres solos en sillas en hilera, dando la espalda al local y mirando otros cuerpos que pasan por la vereda.

Nosotros venimos de Occidente llenos de amarguras y miedos a todos los peligros, incluidos los riesgos que acarrea la comida, y nos llenamos de teorías que justifiquen nuestros hábitos y demonicen los de los nativos, cualquiera sea el origen de esos pueblos «originarios». Venimos sobrealimentados por la maquinaria del miedo que en Europa está desatada, en beneficio de otros productos financieros, como los seguros, los planes de pensiones y todas las previsiones que nos dan la falsa idea del control sobre la vida y la decadencia.

¿Qué me ha traído hasta aquí, *Sidi*?

«Mi hija –una argentina que emigró a los seis años– dice que Marruecos es igual a Córdoba, pero cerca de Europa». Su osadía de emigrante «de primera generación» (como le gusta aclarar) le hace decir cosas

tan atrevidas como que Latinoamérica y África se parecen mucho más de lo que imaginábamos los argentinos «que venimos de los barcos». ¿Tan incorrecta es su intuición? Ella conoce su país desde el amor de querer pertenecer, de su primerísima infancia y de ir de vacaciones a casas de tíos y abuelos, como la diáspora marroquí europea.

«En los libros escribimos cosas que no podemos decirle a nadie», me contesto, al cabo de más de quince años fuera de mi país. Yo llegué a África con las tripas, sin ninguna razón: simplemente porque necesitaba salirme del centro, volver a los márgenes, y ahí me encontré con mi niñez. Como buena cordobesa, después de tantos años de desear el centro, y ya instalada en el centro, añoré la periferia del mundo. Marruecos es como volver un poquito al sur, incluso quedándome en el norte.

Pero si esto es de lo que alguna vez creí escapar: las cosas a medias, el no respeto al ciudadano, sí. Sin embargo, el centro me hastió con todas las hip-

cresías para tapar el privilegio, y las crueldades cometidas para defender un status diferente que «se merecen» unos ciudadanos –los del «Estado del bienestar»– frente al resto del mundo; y de ahí las vallas con alambre de púas y el inmenso miedo que lleva a la angustia del control de riesgos. En África, un sudamericano se reencontrará con las mentiras de la supervivencia, las mismas travesuras, incluso sádicas, parecidas injusticias, otras xenofobias y otros invalidantes miedos –algunos se habrán transformado en azarosa violencia–, ante las simbólicas pérdidas de identidad; no obstante, entenderá cabalmente lo que significan los desalojos arbitrarios que puede ordenar el extraño en la propia tierra, inventándose legislaciones y castigos de cortes internacionales.

Todas las veces que, en estos años africanos, me he preguntado quién me manda a meterme en esto... A abordar unos lugares desconocidos, unos conceptos con asociaciones complejas o unas relaciones aparentemente inconcebibles, he sabido que estos pensamientos atraviesan los tropiezos primeros en

cada pequeña o gran cosa que se me haya dado por arrancar sin brújula, casi sin pistas, pero luminosa y vital. Suele suceder que, a mitad de camino, tenga que pararme, tragar el sollozo (ya luego lloraré, me digo), recalcular al costado de la ruta, saber que ya hubo daños, o que posiblemente haya ilusiones trucas si continúo sin certezas. Pero cuando se me acaban las referencias, sin guía, a mitad de algún camino, hoy sé que toca continuar, confiar en el encuentro y retomar, haciendo señas, medio incomunicada, en un barrio del este, el oeste, el norte o el sur. Ya estoy perdida. Voy a seguir. Para volver siempre habrá tiempo. Y así la recompensa es valiosa. Quedarse a medias en las relaciones, en las ciudades, en los países y en las ideas equivale a la muerte, lánguida.

En cualquier caso, si algo nos salvará es comprender que no existe la salvación en ningún lado. El atajo del *solucionismo* solo funciona eficientemente para vender alarmas anti-robo. No hay un sentido de la vida, ni control ni salvación. Hay que subvertir el orden de

los guardianes del sentido, porque son los que únicamente acogen a los derrotados cuando no los ponen en cuestión. Subvertir la derrota implica también travestir los nombres, las palabras, los puntos cardinales. Ser disidente de los destinos turísticos y también de la blanca bohemia colonial. Inventarse itinerarios, aprender idiomas que solo sirven para comunicarse hoy con alguien, porque mañana se desvanecerán por inútiles.

Quizá el taxista haya retenido mi ruta solamente hasta la mitad del camino, y en ese caso intentará convencerme de que es allí adonde voy. Y deshacerse, de buenas maneras, argumentando lo inargumentable. *This is Morocco, too.* Él tiene cosas que hacer y lo impaciente no comprenderme. También él busca la ruta corta a su salvación, se me ocurre, cuando por fin llego a la plaza festivalera y oigo a la cantante popular animar al público con plegarias a un dios al que se dedican ofrendas rimadas en forma de canciones, con estrofas que la gente corea al unísono. Se invoca la magia de un dios que nos arranque individualmente del naufragio colectivo, de oler a pobres, de la derrota resignada de

los mansos o del mandato en piedra de la saga familiar. La salvación se parece a sacar los pies de este plato, rezando o haciendo negocios.

En el teatro de la calle, el hombre musulmán tiene que hacer como que controla la situación, sin fisuras (toda ternura o vacilación puede volverse en contra de su reputación). En los ojos que se ríen hasta la vejez, sin embargo, cada *ráyel* conserva al niño pícaro que busca descansar del papel con el que carga en el espacio público, desde que ha sido circuncidado y se lo ha desalojado del tibio hogar femenino al que intenta volver en busca de una caricia sin exigencias.

La mujer musulmana domina el espacio privado, decide con quién se casará su hijo y encamina cada decisión familiar. «¿Quién mejor que una madre para saber lo que necesito?»), repetirán esos hijos de travesura inofensiva que solo se escapan de los designios maternos a ratos, instantes desobedientes que para nada interferirán en el camino que les haya sido trazado.

Quizá por tanta obediencia, y a pesar de los propios pecados, la palabra egoísmo suele adjetivarse exclusivamente con «occidental», en el Magreb. De ahí la preciosa posibilidad del encuentro con el otro, el *gauri*⁴, cuando todas las barreras hechas de esa potente aleación de fascinación y rencor han podido desanclarse. Porque *amar odiar* son verbos que van juntos, precediendo un íntimo y exclusivo objeto directo. En este libro, hay verbos y objetos directos sin imparcialidad alguna, desde la perspectiva de un sujeto que apenas propone su honestidad como crédito. Para comprender mis razones parciales, al final les ofrezco un glosario de términos y ningún corolario.

¿Qué deducir, *Lalla*?

Este Magreb que es tan mío como ajeno —éxtimo e íntimo— me hizo creer la ensoñación orientalista primera, y resulta que de sus ramas de vieja madera

⁴ Extranjero.

africana salían mis sarmientos. Estos textos son los racimos que pude recoger, en días breves (o eternos), en los que fui la hermana-*gauría*.

Hermana-extranjera.

Analía Iglesias

París, 31 de julio de 2019